

Universidad Nacional de Rosario.

Facultad de Psicología.

Trabajo Integrador Final.

**“La problemática de las *a-dicciones*. Una revisión desde el psicoanálisis”.**

Autora: Mattig, Milagros.

Legajo: M-5076/8.

Docente responsable: Senderey, Daniel Omar.

## Indice

Resumen.....	1
Palabras clave.....	1
Introducción.....	2
Una cuestión de época.....	2
Del ritual chamanista a Time Warp.....	4
Incidencia del psicoanálisis.....	5
Acerca de la función del tóxico.....	6
De un goce fálico a un goce suplementario.....	9
La operación toxicómana.....	11
Breve reseña sobre la función del tóxico en las psicosis.....	15
A modo de... ¿cierre?.....	16
Referencias Bibliográficas.....	17

### **Resumen.**

El presente trabajo pretende dar cuenta de la problemática de las *a-dicciones* desde una perspectiva psicoanalítica, sin desconocer, a su vez, la lógica de la época en la cual éstas se insertan. La sociedad actual se configura como una sociedad de consumo, y es por este motivo que las *a-dicciones* se insertan en ella con tanto éxito.

Desde el psicoanálisis se entiende que la problemática de la *a-dicción* se ubica en un exceso produciendo un acto compulsivo por fuera de un decir; se trata de la compulsión de un goce que queda por fuera de la regulación simbólica. La pregunta que operará como brújula en la cura psicoanalítica corresponde a la función que el toxico desempeña en la estructura de un sujeto. Por lo tanto, en una estructura neurótica la función del toxico será procurar ese goce por fuera de la medida fálica para introducir un goce suplementario. En las psicosis, la función del toxico no será la misma.

De este modo, la propuesta que puede brindar el psicoanálisis consiste en la posibilidad de operar un pasaje de un hacer a un decir.

### **Palabras clave.**

Función del toxico – goce fálico – goce suplementario – operación toxicómana.

## **Introducción.**

El fenómeno de las adicciones se encuentra hoy en el centro de la escena tanto política como social. Esto se debe a que en las estadísticas el consumo de sustancias, tanto legales como ilegales, se muestra acrecentado, causando un gran impacto en lo social provocando que en muchos países se establezca un debate sobre la penalización o la despenalización e incluso que algunos, entre ellos la Argentina, le declaren la “guerra” al narcotráfico.

Frente a esto, es pertinente preguntarnos, desde el psicoanálisis, puesto que algo tenemos para decir, ¿Qué características presenta la época para que las adicciones se inserten hoy en día con tanto éxito? ¿Cómo pensar las adicciones desde el psicoanálisis? ¿Qué incidencia tiene el psicoanálisis? Es decir, ¿En qué términos puede pensarse la intervención analítica?

Digo, es pertinente ya que, tanto en consultorio como en las instituciones, es probable que nos encontremos con un psicoanalista.

## **Una cuestión de época.**

En “función y campo de la palabra y el lenguaje en psicoanálisis” (1953), Lacan pronuncia en referencia al psicoanálisis: “que renuncie quien no pueda unir a su horizonte la subjetividad de su época” (p. 308). Esta frase se configura como una suerte de requisito para aquellos quienes quieran ejercer la práctica analítica.

Entonces, ¿qué implica esta articulación época/subjetividad? En su seminario XX “Aun” (1972-1973), Lacan dice: “La cultura en tanto algo distinto a la sociedad no existe. La cultura reside justamente en que es algo que nos tiene agarrados. (...) A fin de cuentas no hay más que eso, el vínculo social. Lo designo con el término discurso (...)” (p. 68). Con el término discurso Lacan produce un pasaje de un hecho de la historia, un hecho sociológico, un hecho político, económico, a lo discursivo. Pasar a lo discursivo permite ubicar la incidencia de una época, de un modo de producción, en el sujeto, en el inconsciente en tanto estructurado como un lenguaje.

El Otro no es sólo el Otro de la ley, del lenguaje, es también el Otro de la cultura, que va variando según varía el modo de producción capitalista (en tanto discurso). Esto tiene consecuencias por supuesto: la envoltura sintomática ha cambiado.

Remitámonos a Freud. En el “malestar en la cultura” (1930), éste plantea que el malestar es inherente a vivir en sociedad. Sostiene que éste reside en la exigencia impuesta por la cultura a la renuncia pulsional. Es decir, el imperativo categórico de la época freudiana se configura como interdictor, y por lo tanto, represivo.

Se puede decir que el sujeto freudiano se encuentra determinado por la normatividad de la ley edípica, es decir, la ley del padre, y es ésta la que determina la forma de presentación sintomática del mismo.

Sin embargo, el malestar de la época de Freud no es el mismo que el de la “hipermodernidad”. Para seguir la indicación de Lacan procederé, pues, a ubicar las coordenadas de nuestra época, del malestar propio de nuestra época, que configura nuevas formas de síntoma. Las adicciones y las toxicomanías, lejos de ser producto de la “hipermodernidad”, se insertan en esta lógica tomando una forma particular.

¿Cuál es el malestar de nuestra época? La unión del mercado con la ciencia y la tecnología, configura una cultura de empuje al goce sin límite. El goce pulsional de la época es un goce loco, sin medida. El superyó, en tanto significante ordenador, hoy, lejos de ser interdictor, empuja al goce. Superyó cuyo imperativo es: ¡Goza!

Vivimos en una época de extremo individualismo donde lo único que importa, como afirma Mauricio Tarrab (2008), es el “goce de cada quien” (p. 159); es cada uno en su

goce solitario, goce Uno, sin el Otro sexuado. Es lo que Lacan ubicó acertadamente con el Discurso Capitalista.

\$     S2  
S1    a

En su conferencia en Milán, el 12 de Mayo de 1972, Lacan sostiene que el discurso, en tanto discurso sin palabras, tiene la función de lazo social. En el seminario XX titulado "Aun", Lacan designa al lazo social en términos de discurso en la medida en que este último se instituye anclándose en la forma en la que el lenguaje se imprime en el ser que habla. En todo discurso hay un agente y hay un Otro al cual éste se dirige, es decir, hay lazo. Sin embargo, esto no sucede en el Discurso Capitalista.

Es en la conferencia mencionada donde Lacan introduce por primera vez el matema del Discurso Capitalista, que se presenta como inversión del Discurso del Amo: S1 y \$ intercambian sus lugares; hace del \$, del sujeto en tanto barrado, el agente del discurso. Este sujeto se dirige a S2, esto es, al saber. "(...) Pero, ¿a qué saber?, No es cualquier saber, porque el saber de la ciencia no es un saber sin consecuencias en lo real. El saber de la ciencia es un saber que introduce objetos en mundo." (Tarrab, 1996). El modo de producción capitalista en su faz moderna, globalizado a alta escala, hace que un sujeto se convierta en consumidor, consumidor de tecnologías, de sustancias, de pornografía etc., en definitiva, de aquello que viene a colocarse en ese agujero topológico que es el objeto pequeño a, el lugar del plus de gozar. De este modo, nuestra época se configura como época de consumo. Por este motivo podemos decir que las adicciones no de limitan al uso de tóxicos.

La respuesta de la época frente a lo real es poner un objeto del mundo en el lugar de la inexistencia del objeto (Tarrab, 2008). El actual "éxito" del Discurso Capitalista, de la ciencia como significante amo, consiste en brindar, a través del mercado, todos esos objetos que encarnan a los objetos pulsionales. Digo éxito precisamente porque Lacan planteó al Discurso Capitalista como lo más astuto que se ha hecho como discurso. En definitiva, "(...) El sujeto, en su falta estructural de goce, le demanda al saber científico la producción de objetos. ¿Para qué?, para llenar el vacío de su ser." (Tarrab, 1996).

En este sentido, Eric Laurent, en la conferencia pronunciada el martes 27 de Mayo de 2007 en Buenos Aires, plantea que en la "hipermodernidad" el objeto a aparece develado, expuesto; el objeto pequeño a lejos de ocultarse, se exhibe. Hay una preponderancia del objeto plus de gozar que ha sido elevado al "cenit de la civilización".

La época de Freud era una época en donde sus histéricas se esforzaban justamente en esconder, en velar el objeto a, esto no sucede en nuestra época. "Era un tiempo en el cual lo público, no era lo mismo que la exposición de lo privado, y cuando uno pasaba a lo público se sabía que era un desvelamiento, pero ahora eso no devela nada, porque todo está develado." (Lacan, 1972).

Época de la mostración, donde los sujetos se hallan fascinados por mostrar el sufrimiento, el éxito, el cuerpo, los objetos que se poseen y hasta la comida que comemos, en definitiva, el modo en que se goza. Por eso los medios tecnológicos tienen tanto éxito, se ubican en el lugar del a y hacen la ilusión de que hay lazo. Hoy, se pertenece por el consumo. En la sociedad actual vemos como un chico puede estar dispuesto a morir por unas zapatillas de marca, es el precio de pertenecer. Por eso, paradójicamente, aunque el mercado se ha globalizado, permitiendo que un sujeto consuma, por ejemplo, un objeto hecho en china, produce una profunda segregación en tanto y en cuanto el lugar social equivale a la posesión de objetos.

Entonces, el Discurso Capitalista, lejos de hacer lazo, se configura más bien como un pseudodiscurso: el sujeto que comanda, el consumidor, no se dirige al Otro sexuado; este sujeto se dirige a un objeto asexual –la sustancia en el caso del toxicómano- que viene a ubicarse en el lugar del objeto pequeño a. Se trata de un discurso alocado, o como dice Lacan en su conferencia en Milán, un discurso "locamente astuto" sin el Otro.

Nos encontramos en un más allá del padre, tal como lo planteaba Freud. El Padre como S1, en tanto significante ordenador que limita al goce, flaquea en nuestra época. Los ideales de la modernidad han caído, y en su lugar el goce se configura como el Ideal de nuestra cultura, en la cual cada sujeto demanda su derecho a gozar.

### **Del ritual chamanista a Time Warp.**

Está claro que el uso de sustancias no es algo novedoso, la historia de la humanidad da cuenta de ello. Sin embargo, la función que ésta cumple se fue deslizando de tal manera que no podemos decir que en las sociedades antiguas el estatuto de la droga sea el mismo que en la sociedad actual.

“El uso y el culto de plantas alucinógenas entre los indios de América se remontan a 1300 años antes de Cristo y, a partir de un estudio de Watson y La barre, serían ligadas, desde el comienzo, a un contexto religioso y cultural de tipo chamanista. La droga era utilizada en el interior de un ritual que implica no solamente al individuo sino a la comunidad entera, o a una parte representativa de ella. La toma de la droga no excluye al Otro, que está implicado en el interior del ritual mismo, ritual que, como lo observa Freud en *Tótem y tabú*, se configura como una suerte de ley, en la medida en que se delimita y circunscribe el goce del sujeto.” (Sillitti, Sinatra y Tarrab, 1998, p.44).

El planteo de esta cita tiene por objetivo poner de manifiesto que la utilización de objetos alucinógenos siempre ha existido y que su vinculación era íntima respecto de la religión y la cultura, convocaba a la sociedad, se insertaba en un lazo simbólico en la medida en que el significante del Nombre del Padre, en tanto significante ordenador, S1, se transmitía a través de las generaciones constituyendo un vínculo con lo ancestral y con la historia. El chamán cumple la función de mediador en el encuentro con la droga, por lo tanto el goce se ordena en el interior de un contexto simbólico, significativo.

“El chamán tiene por tarea particularizar la experiencia con la droga en función del sujeto, introduciendo así los límites:

- a) Aquellos que hacen su demanda no acceden siempre al rito iniciático.
- b) El uso de las drogas no es aconsejado ni autorizado a todos, aún en el interior del ritual.
- c) Cuando la toma de droga se ha establecido, ella es reglamentada cualitativa y cuantitativamente por el chamán.

La experiencia de la droga es entonces particular, propia de cada uno y reglamentada por una ley que no es la ley del Estado.” (Sillittiet *al.*, 1998, p.44)

El chamán demanda a los participantes del ritual rendir cuenta de la experiencia a través del testimonio escrito, de este modo, se produce una transmisión de esa experiencia particular inscribiéndose en el campo del Otro.

En ese sentido, es que el Otro como campo del lenguaje le da al acto del consumo lo que no aparece en el *a-dicto*: un simbólico, un decir que aparece en la función del rito que regula el cómo, cuándo y dónde del consumo de la sustancia. Por lo tanto, se produce un deslizamiento de la función de la droga ¿Qué propicia este desplazamiento?

A mi entender, y en la línea de análisis que venía proponiendo, este desplazamiento es el propiciado por la alianza del mercado con la ciencia, teniendo como resultado la falla del significante del Nombre del Padre como significante amo; significante que siempre falla de algún modo, pero que en nuestra época falla aun más, configurándose el mandato superyoico ¡Goza! En vistas de ello, la droga toma un nuevo estatuto.

Este imperativo categórico ¡Goza! de la “hipermodernidad” se puede leer en el lema de muchos de los adolescentes de hoy, lema que reza “que la joda no decaiga”. Esto puede tener consecuencias catastróficas tal como lo vimos en la fiesta electrónica Time Warp

realizada en Buenos Aires, en 2016. Lo que llama la atención es que muchos de los jóvenes que asistieron a esta fiesta eran consumidores ocasionales, es decir, sólo consumían en este contexto. Si se lee o escucha los testimonios de los concurrentes a dicha fiesta, lo que se repite es esta necesidad de “divertirse un poco más”, léase, gozar un poco más –porque siempre se puede gozar un poco más. Otra cuestión que se repite es la sensación de “estar en otro mundo”, esto expresa esa fascinación por acceder a un goce al cual no se puede acceder sin el tóxico, un goce que transporta, que te eleva, pero que en ese movimiento deja solo al sujeto en ese goce solitario, porque aunque el motivo del consumo de algunos sea precisamente acercarse a sus pares, como un intento de no “quedarse afuera”, es decir “de pertenecer”, cada uno está, en definitiva, gozando “en su mundo”. Aunque el consumo se realice acompañado, se está solo. Entonces, este imperativo “divertirse un poco más”, lejos de hacer lazo, determina un goce sin el otro. Por lo tanto, el acto de consumir–diferenciándose del ritual de tipo chamánico- lejos de ubicar el goce del sujeto en cuestión en un discurso (en un lazo social) termina por dejarlo solo en un goce autista.

Por otro lado, lo que sucedió en Time Warp es el paradigma de la ausencia de regulación por parte de un Otro. Fue explícita ausencia del Estado en tanto cumple una función de ordenador social, función simbólica. A esto se suma el desinterés por parte de los organizadores de esta fiesta electrónica que se configura de este modo como una “tierra de nadie”.

Pero el éxtasis no es el único que aparece como problemático en los jóvenes de hoy, es alarmante la cantidad de alcohol que éstos consumen por noche, que vemos en las llamadas “previas”. Este consumo desmedido responde a la misma lógica, es decir, a este afán de diversión, de la fascinación por ese “más”, de ese goce sin límite. En este sentido, el tóxico le provee a estos sujetos un modo de gozar sin límite fálico, mientras el efecto de la sustancia dure. A tal punto que muchos de estos sujetos intentan reiterar el consumo. Terminado el efecto, el sujeto sale una vez más para esta seriación. Es lo que vemos cotidianamente o los fines de semana, en esta “previa”, en el alcoholizarse hasta llegar a ese más allá del principio del placer, a la posibilidad, incluso, de un coma alcohólico.

Otra cuestión llamativa reside en la ingesta de sildenafil (viagra) en hombres que no tienen necesariamente problemas de disfunción eréctil. Se trata, una vez más, de este afán de “sentir un poco más”, de que la erección dure aun, *encore*, un poco más.

Esto es lo que se ve en esta época, esa necesidad, esa demanda del más, del uno y aún, *encore*, *en-corps* (en-cuerpo). Es esa la lógica que se pone en juego en la *a-dicción* y el motivo por el que se inserta con tanto éxito en nuestra época. Demanda que, además, es la demanda de la mujer, en tanto su goce es un goce no-todo, goce sin la limitación de la medida fálica.

Frente a esto, la posición del analista no puede ser una posición nostálgica. Entonces ¿Cuál es la incidencia del psicoanálisis? ¿Qué respuesta puede dar el psicoanálisis frente a las adicciones, que se insertan con tanto éxito en la cultura del consumo? ¿Qué abordaje específico puede proponer el psicoanálisis frente al síntoma de nuestro malestar?

### **Incidencia del psicoanálisis.**

En la conferencia “Del hacer al decir”, Judith Miller expresa:

“(…) es muy importante tener la idea de lo que constituye la modernidad, es decir, una lógica, donde el sujeto está tomado de tal manera, está sobrepasado, y conducido en un hacer, que no lo permite ubicar su propio deseo en un decir. (...) Y podemos considerar que nuestro trabajo tiene la posibilidad de afirmar que es uno por uno, en la clínica

psicoanalítica, que podemos lograr ofrecer la posibilidad de salir de esa lógica donde el sujeto está tomado, de tal manera que en el curso de la experiencia analítica pueda ubicar su deseo en un decir cada vez mejor establecido” (Sillitti *et al.*, 1998, p.12).

Para pensar a las adicciones desde el psicoanálisis, pareciera necesario situar un desplazamiento. Este consiste en situar la reflexión, no en la especificidad del objeto de consumo, sino, más bien, en la relación específica, singular, que cada sujeto mantiene con el objeto que consume. Dicho desplazamiento responde al hecho de que en la clínica psicoanalítica siempre se trata del uno por uno, en la medida en que se trata de la clínica de lo singular, del sujeto en su singularidad. En consecuencia, la cuestión de las adicciones y de la toxicomanía, en su abordaje psicoanalítico, no escapa a esta lógica.

Se trata, también, de situar la especificidad del psicoanálisis en la medida en que, en el marco institucional, las modalidades de abordaje de las toxicomanías se realiza interdisciplinariamente, generalmente orientados hacia el logro de la abstinencia, desde un enfoque comportamental, centrándose en el objeto droga.

En esta línea, en la conferencia mencionada, F. Texeira Grossi (1998) plantea dos cuestiones en cuanto al uso de las drogas y el alcohol en la experiencia clínica que me resultan interesantes: en primer lugar “(...) la cuestión de cómo integrar tal uso en la lógica de la cura psicoanalítica, principalmente en el curso del tratamiento en el que el sujeto recurre al uso de drogas en los momentos anteriores y posteriores al encuentro con el analista” (p. 24). Y la segunda consiste en que “(...) las recaídas formen parte del recorrido del tratamiento, no significando necesariamente un retroceso (como si todo estuviese equivocado)”. Y acto seguido dice: “(...) Lo que no fue sorpresa para los psicoanalistas que aprendieron con Freud y Lacan y sus experiencias; es decir, que un análisis comienza con un reordenamiento de los síntomas en la transferencia.”(p.24).

De esto se desprende que no hay una estructura particular para el fenómeno de la toxicomanía, sino que ésta se sitúa en las tres grandes estructuras psicoanalíticas: la neurosis, la psicosis y la perversión. Por lo tanto, en función de este desplazamiento, la pregunta que opera como orientadora, como brújula del tratamiento psicoanalítico consiste en ubicar ¿qué lugar ocupa el tóxico en la estructura del sujeto? ¿Cuál es la función que cumple en la economía libidinal del sujeto?

Poder abordar la toxicomanía desde esta lógica implica la posibilidad de un pasaje de un hacer a un decir.

Tratamiento de lo real por el significante.

### **Acerca de la función del tóxico.**

Si nos remitimos a la cita de Judith Miller establecida más arriba, se deduce que la problemática del consumo está situada en el exceso, y en tanto exceso está por fuera del decir, de lo simbólico. Se trata de un hacer con la droga por fuera del decir.

Ahora bien, frente a esto es importante sostener un cierto posicionamiento ético. Se trata de cierta ubicación del saber: o el saber está del lado del analista, o del lado del analizante. Si seguimos las enseñanzas de Freud y de Lacan, sabemos que para que un análisis sea posible, una condición necesaria es que se establezca la transferencia. Lacan nos dice: “(...) La transferencia sólo puede pensarse a partir del sujeto a quien se le supone un saber.” (Lacan, J. 1977, p. 261). La función de *sujeto supuesto saber* es condición de la transferencia, y sin este eje no hay análisis posible. Se trata de una función que el analista encarna o no, pero precisamente, por ser una función, no se trata de que el analista sepa algo del sujeto efectivamente. Entonces, es un engaño imprescindible, pero en la medida en que, necesariamente, en algún momento, debe caer. El saber, en tanto saber no sabido, está, para el psicoanálisis, del lado del analizante. En esta dirección, que está en correspondencia lógica al desplazamiento

propuesto, sólo es posible una indagación de la función del tóxico en tanto el saber se haga hablar por el sujeto implicado en esa relación.

Pero que el saber se juegue del lado del sujeto, no quiere decir que del lado del analista se juegue una posición de pasividad. No se trata de que el analista quede impotencializado.

Esta demarcatoria deviene necesaria, puesto que en disciplinas ajenas al psicoanálisis, más explícitamente en el campo de la medicina, el abordaje de las adicciones se establece a partir de la premisa de que es el profesional el que detenta el saber.

Pero se puede decir aún más, quitarle la palabra a un sujeto envuelto en la problemática del consumo supone un redoblamiento de la misma. Recordemos que la raíz del término *adicto* refiere a la adición del prefijo “a” al término *dicción* que a su vez refiere al significado *decir*. Por lo cual, si la problemática del consumo supone un no-decir del sujeto, que la palabra y el saber se juegue del lado del profesional duplica la apuesta de la objetualización. Un sujeto a-dicto sufre de esa condición, del no-decir, y a su vez se lo calla en el curso del tratamiento que, a veces, incluye drogas en el abordaje de la cuestión. Se evidencia claramente cómo los abordajes planteados hasta el momento reproducen la misma lógica de la que sufre un sujeto *a-dicto*.

Por lo tanto, el consumo supone un no-decir; hay elisión de la regulación simbólica produciendo el acto compulsivo por fuera del decir. Quedémonos con este rasgo: la compulsión. La compulsión remite al texto “más allá del principio del placer” (1920), donde Freud afirma la existencia de una compulsión a la repetición que se ubica en un más allá del principio del placer, quedando al servicio de la pulsión de muerte. Ahora bien, en su Seminario XVII (1969-1970) Lacan toma esta función de repetición y la corresponde con el término goce ¿Qué nos dice acerca del goce? Dice: “(...) el camino hacia la muerte no es nada más que lo que llamamos goce.” (Lacan, j. 1969-1970, p.17). Entonces, el goce es lo que va en contra de la vida, violando en su principio y su regla al placer, que Freud definió como el principio de la tensión mínima: a mayor tensión, mayor el displacer. Displacer que no es dolor necesariamente, es goce.

Un sujeto que está casi en una situación de éxtasis, de cierto placer, pero, sin embargo, en él hay un profundo sufrimiento; es un más allá del placer en donde aparece esta dimensión destructiva del sufrimiento, de la cual el sujeto, no necesariamente, desea separarse. Esto se ve claramente en el síntoma. Gozamos con nuestro síntoma; hay una dimensión de sufrimiento que es lo que hace que un sujeto vaya a análisis, pero a su vez hay una cuestión inercial, porque con ese síntoma se goza en la vida. Es paradójal, es sacar un placer en un punto de sufrimiento. Es quizás el precio que tenemos que pagar los seres hablantes por entrar al mundo simbólico del lenguaje.

Es de suma importancia entender este concepto de goce; primero porque es un concepto complejo –que Lacan empieza a conceptualizar en una época más tardía de su enseñanza, en su Seminario VII y que comienza a acelerarse a partir del Seminario XVII- y fundamental en la teoría y práctica analítica, y, además, para entender qué sucede en la clínica de las *a-dicciones*.

En esta línea, es interesante el cuentito, trágico por cierto, del escorpión y de la rana a la orilla del río. El escorpión le pide a la rana que lo ayude a cruzar el río llevándolo en su espalda, a lo que la rana le contesta que no, sabiendo que el escorpión le clavará su mortal aguijón. Entonces, el escorpión le argumenta que si lo picara en el medio del río se ahogarían los dos, puesto que él no sabe nadar. Esto tranquiliza a la ranita, piensa: “¡no va a ser tan tonto!”, y decide llevarlo. En el medio del río la rana siente un fuerte pinchazo, era el escorpión clavándole su aguijón, entonces, mientras ambos se hundían la rana le pregunta “¿por qué lo hiciste?”, a lo que el escorpión responde “lo siento, rana. ¡No puedo evitarlo!”.

Digo, es interesante para pensar esta cuestión de la compulsión puesta en juego en las *a-dicciones*, y cómo este “no puedo evitarlo” del *a-dicto* en referencia al uso de drogas se ubica en el campo del goce. Del goce, del goce como un más allá del principio del

placer, no del instinto (que es del terreno de lo animal). Cuentito que da cuenta, dicho sea de paso, de la dimensión mortífera del goce.

Pero este “no puedo evitarlo”, no debe entenderse en términos absolutos, es decir, como un destino inmodificable. Precisamente lo que el psicoanálisis plantea es la posibilidad de incidir sobre la posición subjetiva, es decir, que se produzca una modificación en el modo de gozar del sujeto –esto es precisamente a lo que se refiere Lacan cuando dice que la cura analítica se dirige a que el sujeto atraviese el fantasma fundamental. Es decir, el psicoanálisis sostiene la posibilidad de modificar aquello que se le presenta al sujeto como inamovible, como una maldición. Pero esta posibilidad no radica en el “si se quiere, se puede” que sostiene la “hipermodernidad”. Porque a veces se quiere pero, precisamente, no se puede. La apuesta analítica va por otra vía, y tiene que ver con la incidencia de la palabra sobre lo real.

Retomando, a partir de esto (de la compulsión como rasgo clínico), podemos decir que la *a-dicción* remite al campo del goce. ¿Qué quiere decir esto? ¿Qué nos dice Lacan acerca de la función del tóxico?

Si bien no ahondó mucho en lo que a la droga se refiere, en la Jornadas de Carteles de la Escuela Freudiana De París en 1975, Lacan pronuncia la frase: “el tóxico es la rotura del cuerpo con el hace-pipí”. Hace-pipí, en una especie de guiño a Juanito, esto es: ruptura con el goce fálico. Esta “indicación” lacaniana es trabajada por Eric Laurent en sus “Tres observaciones sobre la toxicomanía” (1988).

Entonces, siguiendo a Laurent, el tóxico viene a romper la alianza del cuerpo con el goce fálico para introducir Otro goce, femenino, que Lacan en su Seminario XX llama “goce suplementario” (p. 89). Pero ¿qué significa romper la medida fálica? ¿Cuál es la implicancia clínica de esta ruptura? El falo, en tanto simbólico, localiza la pulsión, el goce, en el cuerpo. En la medida en que el significante del Nombre del Padre operó sobre el Deseo de la Madre (sobre el goce) ordenándolo, metaforizándolo, es que hay emergencia del significante falo y de significación fálica. Esto no es más que la escritura simbólica del Edipo freudiano: hay un padre que opera la ley que viene a barrar la posición de la madre de apropiarse de ese niño falo (lo que no tiene) y de separar al niño de un deseo incestuoso que se dirige hacia la madre. Tiene que operar esa separación, para que el niño no quede pegoteado al Deseo de la Madre. Esta es la ley, y si hay ley hay neurosis. De este modo, lo simbólico, la operación del lenguaje, viene a poner límite al goce. Lo que emerge de la ley paterna que viene a funcionar es que un ser hablante se introduce en el mundo simbólico.

Ahora bien, si esta operación no se produce, no hay ley, hay forclusión del Nombre del Padre y en consecuencia hay ausencia de la regulación fálica, es decir, estaríamos dentro del campo de la psicosis. ¿Quiere decir esto que todo toxicómano es psicótico? Claro que no. La tesis de Lacan es una tesis de ruptura. Entonces que en la toxicomanía haya ruptura con la función fálica, esto no quiere decir que la misma no haya sido inscripta. De ahí la atinada observación de Eric Laurent que consiste en que la toxicomanía viene a demostrar que puede haber ruptura con el goce fálico por fuera de la psicosis.

Esto tampoco quiere decir que no haya toxicómanos psicóticos. Recordemos lo que mencionaba más arriba:“(…) la droga encarna una función dentro de la estructura, dentro de la economía libidinal de los sujetos neuróticos, psicóticos y, rara vez, en los sujetos perversos.” (Sillitti *et al.*, 1998, p. 25).

Retomando, resulta importante establecer una diferencia entre el goce del *a-dicto* en el caso de un sujeto neurótico y el goce puesto en juego en las psicosis. Siguiendo a Lacan, en la psicosis lo que no se admite en lo simbólico retorna en otro registro, es decir, en lo real. Entonces, que el significante del Nombre del Padre esté forcluido en las psicosis tiene como consecuencia que el goce que retorna sobre el cuerpo del sujeto sea vivido como goce del Otro. Lo leemos en lo que Lacan nos dice de la paranoia. Es Otro que goza, de manera erotómana o bien intrusiva agresiva, del sujeto. El Otro ama de manera erotómana, como le ocurría a Schreber, Dios goza de él y como él viene a encarnar esa

mujer que le falta a Dios, se convierte en La mujer que le falta a todos los hombres. Es La mujer. Dios goza de esa La mujer que es Schreber.

Esto no es lo que sucede en la neurosis. Además en la neurosis no hay La mujer. El sujeto neurótico que sufre de la condición de *a-dicto*, ha transitado por el Edipo, por la castración y, por lo tanto, no se puede hablar de ausencia de inscripción de la función fálica, porque precisamente necesita del tóxico, ésta es su función, para romper con ella. Por eso Lacan habla en términos de ruptura. Desconocer esto, según Naparstek, Gianzone, López y Lachavanne (1988), pareciera “(...) la razón de cierta confusión por la que algunos autores han podido ubicar a la droga como fetiche, y al adicto como perverso” (p. 32).

Ahora bien, a esta altura, deviene necesario esclarecer ¿de qué se trata esa función fálica de la cual el *a-dicto* no quiere saber nada? y ¿qué es ese Otro goce que introduce el tóxico y que Lacan llama goce suplementario?

### De un goce fálico a un goce suplementario.

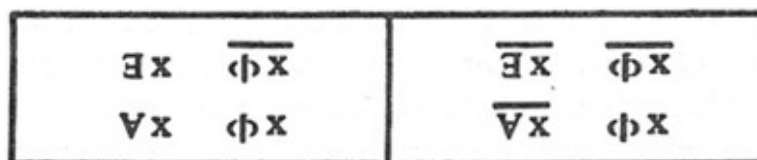
Como dije anteriormente, Lacan introduce el goce suplementario, femenino, en su Seminario XX “Aun”. Allí, él trata de ubicar cómo goza un hombre y cómo goza una mujer, partiendo de la base de que el goce y la asunción sexual se ubica más allá de lo anatómico, es decir, en la medida en que para el psicoanálisis la anatomía no hace el destino. En la medida en que el ser humano no se rige por el instinto, porque es un sujeto barrado –instinto como un saber que nos dirige hacia el objeto sexual que nos correspondería- la sexualidad debe construirse, no es algo que se dé de antemano. La construcción de la sexualidad en el ser hablante, *parlêtre*, es un hecho discursivo.

Porque, en definitiva, un hombre puede gozar en una posición que no necesariamente es una posición masculina, al igual que una mujer puede gozar en una posición masculina. La asunción sexual y el goce sexual no tienen que ver con la anatomía, sino con el falo y la castración. Esto cambia totalmente la forma de situarnos frente al modo de gozar de un sujeto.

La sexualidad del ser hablante se organiza en relación a ese elemento, el falo. De hecho, en “La Organización Genital Infantil” (1923), Freud dice: “(...) El carácter principal de esta organización (...) reside en que, para ambos sexos, sólo desempeña un papel *un genital*, el masculino. Por lo tanto, no hay un primado genital, sino un primado del falo” (p. 146). Pero primacía del falo en relación a la castración.

Ahora bien, claramente a partir del falo y de la castración se establece la diferenciación sexual, pero no en términos de tener y no tener, es decir, en tanto uno, el hombre, lo tiene (aunque a veces no sepa muy bien qué hacer con él) y en tanto ella, una mujer, lo envidia por no tenerlo, el “penisneid”. Se trata del todo y del no-todo.

En la clase del 13 de Marzo de 1973 (clase VII) de dicho seminario, Lacan escribe las fórmulas de la sexuación, que son fórmulas proposicionales, de las cuales sólo trabajaré el piso de arriba. Escribe un lado masculino y un lado femenino.



Fuente: <http://www.revconsecuencias.com.ar/ediciones/002/template.php?file=arts/alcances/miller.html>

Tomemos el lado masculino (lado izquierdo):

$\forall x$        $\phi x$

Primera proposición, línea inferior: Lacan viene a decir que esta *A invertida* es “para todos”. Para toda  $x$  (cuando encontramos una escritura en lógica que es una  $x$  es que en este espacio puede venir a incluirse cualquiera. Es estructura, es un sujeto, es un ser hablante, no importa que sea masculino o femenino, tenga o no tenga). En la  $x$  puedo ubicar a todos los seres hablantes. Todos los seres hablantes se inscriben en la función fálica. Es una fórmula de inscripción.

Es decir, retomando un poco lo que decía más arriba, si hay castración, si el significante del Nombre del Padre operó efectivamente, estamos en un universal (el universal de la ley). Es decir, hay falo, hay significación; a esto Lacan lo transforma y lo lleva: hay función fálica, es decir, hay goce fálico.

Con esta fórmula lo que Lacan está ubicando es que en todos los neuróticos, todos los seres hablantes, donde la ley ha operado, hay emergencia de inscripción de un goce fálico, hay función fálica.

$\exists x$        $\overline{\Phi x}$

Esta escritura niega la proposición anterior en *al menos un caso*. Esta *E invertida*, es un cuantor de existencia. Existe *al menos un* ser hablante, por estructura, que no se inscribe (signo negativo arriba de *phi x*) en la función fálica.

En un universal existe al menos uno (al menos, pero pueden ser más) que hace excepción. Esto es así por estructura, por lógica. Siempre hay algo que queda por fuera, que no entra en ese conjunto (del todo de la ley).

Este goce fálico hace en esta escritura, que exista *al menos uno que no*. Esto nos remite al texto de Freud de “Tótem y Tabú” (1913). Allí, indica que existe un padre de la horda primitiva, el cual posee un goce que es imposible. Este padre mítico es el único usufructuario del goce absoluto que es el goce de todas las mujeres. Esto provocará que los hijos se alíen y lo maten (parricidio). Será a partir del asesinato del padre que se instaurará la ley y habrá una regulación. Hasta entonces no había ninguna ley, solo el absolutismo del padre. A partir de allí los hijos aliados prohibirán el parricidio y el incesto, y advendrá un nuevo orden: “La ley primordial es pues la que, regulando la alianza, sobrepone el reino de la cultura al reino de la naturaleza entregado a la ley del apareamiento (...)” (Lacan, 1953, p. 268). Advendrá un sistema simbólico. “Tótem y Tabú” da cuenta de la existencia de un goce absoluto, y de cómo entrar al mundo simbólico implica, necesariamente, la pérdida de éste. Esta pérdida dará lugar a la emergencia del sujeto y surge el objeto *a*, como “plus de goce”.

Retomando, esto que hace excepción Lacan lo lleva a que si todos los seres hablantes gozan de manera fálica, existe al menos uno que tiene otro goce que no es el fálico, que goza de otra manera. Ahí aparece una mujer.

Antes de pasar a la escritura que realiza Lacan del goce femenino, voy a ubicar qué implica gozar teniendo como límite la medida fálica.

El significante captura lo real del órgano (pene). Este órgano tiene el privilegio “(...) de que de alguna manera su goce puede aislarse. (...) tiene precisamente una propiedad que podemos considerar (...) como muy local (...) fácilmente aislable en sus funciones de tumescencia y detumescencia, que determina una curva, llamada orgásmica, perfectamente definible (...)” (Lacan, J. 1969-1970, p. 80). Se trata del anudamiento de lo real con lo simbólico, matrimonio del cuerpo con el falo. Se establece una relación entre el cuerpo (pene) en tanto tumescente y detumescente y el falo (simbólico) en tanto presencia y ausencia.

Entonces, el goce fálico está sujeto a esta alternancia. Es local y limitado; es: uno, alternancia, uno, alternancia, etc. Pero tiene un tope, “(...) cuando se termina, se termina (...)” (Lacan, J. 1969-1970, p. 80), no es continuo. El falo limita el goce total del cuerpo, en la medida en que se circunscribe al goce del órgano. Es un goce medible.

Ahora sí, pasamos a la segunda escritura, la del lado femenino (derecha).

$\overline{\forall x} \quad \Phi x$

No toda  $x$  se inscribe en  $\Phi x$ ; esto es, la mujer *no toda* (signo negativo arriba de el cuantor  $A$  invertida) se inscribe en la función fálica.

$\overline{\exists x} \quad \overline{\Phi x}$

Esta proposición debe ser leída: no existe al *menos una* (signo negativo arriba de  $E$  invertida) que le diga no a la función fálica (signo negativo arriba de  $\Phi x$ ).

Lacan (1972-1973) sostiene que "(...) no hay *la mujer*, la mujer *no toda es* (...)" (p. 15). Precisamente, *una mujer* a diferencia de *los hombres*, es no toda en el goce fálico. Una mujer puede gozar en posición fálica (esto es, masculina), pero puede, además, gozar de otra manera, suplementaria al goce fálico. De esto da cuenta la fórmula.

La segunda proposición expresa que la mujer no da constancia lógica al conjunto, de esto se desprende que no hace universal. Del lado femenino lo que tenemos es conjuntos abiertos, "(...) el conjunto de estos espacios abiertos se ofrece siempre para un sub-recubrimiento de espacios abiertos, que constituye una finitud (...)" (Lacan, j. 1972-73, p. 17). No hay La mujer como categoría universal, existe una por una. Si existiera La mujer, ésta tendría acceso a ese goce prohibido del padre de la mítica horda primitiva. Como dije anteriormente, sólo hay La mujer en las psicosis, como se ve claramente en Schreber.

Ahora bien, retomo la pregunta ¿qué nos dice Lacan acerca de este goce femenino? Nos dice que este goce no-todo se sitúa en la dimensión de lo inefable. Se trata de un goce que se experimenta, que se siente efectivamente, pero del cual no se puede decir nada. Al no tener como límite la medida fálica, el goce del lado femenino no depende de la alternancia, se goza en continuidad y contigüidad; no goza con el límite del uno, alternancia, uno, etc. Sino que hace una serie de contigüidad sin límite, varios, sin necesidad de tumescencia y detumescencia, es un goce continuo, contiguo, deslocalizado: no está en el órgano, no se detiene en el falo, puede ser todo el cuerpo. Es inconmensurable. Es decir, se trata de un goce sin límite, pero que sea ilimitado no quiere decir infinito.

Por eso Lacan dijo que la mujer es *no toda loca*, porque es no toda en el goce fálico, y este goce suplementario es un goce tan deslocalizado que la hace loca.

Quisiera hacer un comentario más antes de seguir con el tema del trabajo, en relación al término que utiliza Lacan para definir al goce del lado femenino. Suplementario no es lo mismo que complementario. Es necesario sostener esta diferenciación. Si fuese complementario implicaría que lo masculino se complementaría con lo femenino, es decir, habría copula. Ahora, lo que Lacan sostiene con las fórmulas de la sexuación es que estas dos modalidades de goce (todo y no-todo) no están para complementarse. No hay armonía entre ambos sexos; hay una imposibilidad de hacerse uno con el otro. Suplementario es que tenga un goce localizado y un goce no localizado, que suplementa, que no hace todo, sino que, justamente, la hace no toda. De esto se desprende la escandalosa frase de Lacan, a saber, que "no hay relación sexual" (p.17).

Volviendo al tema que me compete, las *a-dicciones*. El toxicómano se muestra fascinado por este goce que carece de límite fálico; busca un más allá de la medida y el tóxico es un modo que éste encuentra para acceder a ese Otro goce.

### La operación toxicómana.

Mauricio Tarrab en "La sustancia, el cuerpo y el goce toxicómano" (1996) plantea la siguiente hipótesis: "(...) La operación toxicómana, es aquella que no requiere del cuerpo

del Otro como metáfora del goce perdido, y es correlativa de un rechazo mortal del inconsciente.” ¿Cómo llega Tarrab a esta hipótesis?

En la línea que venía planteando más arriba, es un hecho que para que el ser hablante entre al mundo simbólico debe haber una pérdida de goce. El sujeto se constituye como sujeto deseante a partir de que el Otro le sustrae, le arranca al sujeto un pedazo “incorporal”, dice Tarrab, que es el goce. De este modo el goce ya no es goce Uno, es un goce fragmentado, quedando sólo residuos de éste que contornean los bordes del cuerpo, esto es, el objeto *a*, que cae como resto de esta operación subjetiva.

Por la intervención del significante, el organismo en tanto biológico se pierde, quedando como resultado un cuerpo que nunca más será el mismo en la medida en que el Otro ha dejado su maca. La intervención del significante es una operación de desnaturalización del cuerpo y la sexualidad del ser hablante (esto en relación a la inexistencia de la complementariedad de los sexos). El cuerpo del goce es modificado por el significante; ya no es el goce relacionado a las necesidades biológicas, sino el goce en tanto sexual. A partir de allí el sujeto se relacionará con su cuerpo pasando por el objeto *a*; es a este objeto a lo que el sujeto se vincula.

El cuerpo del Otro, siguiendo al autor, viene a constituirse como metáfora de esa pérdida. ¿Cómo se explica esto? Tarrab toma el concepto freudiano de la Cosa, “Das Ding” en alemán, y el trabajo que elabora en torno a éste Lacan en su Seminario VII (1956-1970). El Das Ding, la Cosa freudiana está en relación a la función de objeto perdido. La Cosa, está perdida para siempre. El Das Ding, en tanto Otro absoluto para el sujeto (en tanto primer exterior), es lo que se quiere volver a encontrar; volver a encontrar esa satisfacción de fusión con el objeto, pero que Lacan nos dice sólo se reencuentra como nostalgia. El Das Ding, el supremo Bien, está prohibido por estructura, siempre nos encontramos en una relación de distancia (en tanto y en cuanto la metáfora paterna haya operado), distancia necesaria porque al mismo tiempo nos protege, porque este Bien además de ser imposible es mortífero. Es mortífero porque además de ser, para el sujeto, un bien, es decir, el goce, éste se encuentra más allá del principio del placer.

Tarrab toma, entonces, ese juego de palabras que hace Lacan en el seminario mencionado entre el “Dam” (daño) y la “Dame” (dama) para designar la operación que hace pasar el Bien en cuanto dañino (“Dam”) –la Cosa como fuera de sentido, en términos freudianos, como energía libre, no ligada a la red significante- al campo de la regulación del Otro, al campo, dice Tarrab, del cuerpo del Otro (“Dame”). “(...) Ahí ubicamos otra vez a la Dama como la metáfora de ese dam, de ese Das Ding, de ese goce perdido.” (Tarrab, 1996).

Entonces en esa dialéctica del goce perdido y de la falta en ser es donde ubica Tarrab la operación toxicómana, como una solución posible. Es un intento de rehallazgo del mismo. Es decir, como un intento de recuperación. Entonces, si no necesita del cuerpo del Otro en tanto metáfora de ese goce que se pierde inevitablemente por entrar, como dije más arriba, al mundo simbólico, el sujeto toxicómano goza sin pasar por el cuerpo del Otro. Del Otro como Otro sexo, es decir, sexuado.

En el circuito pulsional el goce que se origina en el propio cuerpo se dirige al Otro, hace circuito por esa *x* que es que es la parte del cuerpo a la que uno se dirige del Otro, para retornar y satisfacerse en el propio cuerpo. El goce se experimenta en el cuerpo de manera localizada, pero pasando por el Otro sexuado. Efectivamente, en la operación toxicómana, lo que se realiza en la intoxicación, lo que se experimenta, es la rotura de este circuito, porque el sujeto se dirige a la sustancia, que es asexual, para gozar en el cuerpo pero de manera deslocalizada y sin la alternancia del goce fálico. No se dirige al Otro como partenaire sexual, a la Dama; su partenaire es la sustancia en tanto asexual.

Por esto Tarrab plantea la operación toxicómana como una solución exitosa, porque hace cortocircuito a la angustia del encuentro con el Otro sexo. En el lugar de esa pérdida irremediable de goce, en el lugar de la no relación sexual, adviene el tóxico como una solución rompiendo ese maridaje del gozar del cuerpo con el hacer pipi, es decir con el órgano fálico, tal como lo señaló Lacan.

El toxicómano rinde lealtad a su goce, dice Tarrab. Es una solución sintomática que, a mi entender, no se ubica dentro de la concepción del síntoma freudiano y, también, lacaniano, en una primer época (preponderancia de lo imaginario y lo simbólico). Esto es, la concepción de que el síntoma tiene una significación, cuyo sentido ha sido reprimido. Tomemos de ejemplo el síntoma de Dora. Dora tose pero no sabe por qué tose. Ese síntoma es sustitutivo del síntoma del padre, de los síntomas que tenía el padre en relación a la sífilis y todas las enfermedades que lo impotencializaban. Por lo tanto la significación de la tos en Dora, es un síntoma remitido al síntoma del Otro, en este caso del padre, y cuyo sentido Freud trata de descifrar. Es decir, es un síntoma que sustituye a otro síntoma y que tiene una significación, es un síntoma metáfora; y de esa sustitución Freud intenta encontrarle ese sentido sexual que ha sido reprimido.

Por lo tanto el síntoma, en la primera época, Lacan lo ubica dentro de una cadena significante. El significante tos viene a sustituir el significante impotencia en el padre, y de esta sustitución de un significante por el otro, eso es una metáfora, emerge una significación. Esto es muy redondo. Vía por el lado de un significante de una cadena que se dirige al otro; desciframiento significante. Es pura lectura simbólica, y esto tiene mucho valor, porque somos seres hablantes y estamos parasitados por el lenguaje, y en el lenguaje expresamos estas cuestiones sintomáticas.

Pero hay otra dimensión del síntoma, dimensión pulsional. Lacan pasa de esta escritura simbólica a una escritura de función. Para seguir con el ejemplo, la tos en Dora satisfacía algo de lo pulsional en su estructura histórica. El síntoma funcionaba dando una satisfacción paradójica, porque se sufre del síntoma pero se hace uso, se hace función de ese síntoma. Lo utiliza, se satisface pulsionalmente en esos síntomas, porque paradójicamente, a pesar del sufrimiento que trae un síntoma, hay algo que se obtiene en ellos. Es esto la satisfacción sustitutiva, que uno llama goce, y que tiene efectivamente una función en la economía libidinal de un sujeto.

Este modo de leer la toxicomanía en términos de operación quiere decir precisamente que la toxicomanía, lejos de configurarse como una estructura, implica una operación sobre la misma. En este sentido el tóxico como síntoma cumple una función, que ya ha sido expuesta, dentro de la estructura. No es el síntoma freudiano, es el síntoma como modo de gozar. Es el síntoma como función pero también como desfunción; no sólo eso funciona para el goce, en un punto el síntoma conlleva un gran padecimiento, el fracaso de ese funcionamiento, y si no fuera por esto los sujetos *a-dictos* jamás llegarían a las instituciones, ni al consultorio.

Remitámonos a la segunda parte de la hipótesis de Tarrab. La operación toxicómana no tiene que ver con el inconsciente, sino con su rechazo. Más arriba, propuse a la toxicomanía como un hacer por fuera del decir, esto es, como una experiencia. A esta experiencia, el autor la llama una "experiencia vacía" (1998). ¿Vacía de qué? Nos dice, vacía del sujeto del inconsciente. En tanto acto compulsivo por fuera del decir, en la medida en que la compulsión a la repetición de un goce no dirigido al Otro, autoerótico, hace cortocircuito con la palabra, el sujeto mismo queda excluido; de sujeto consumidor a sujeto consumido, tal es la problemática. La experiencia toxicomanía también es una experiencia vacía de significación, porque la significación es, como expuse más arriba, significación fálica. Es por esto que en los sujetos *a-dictos* aparece esta referencia a la intoxicación como un "no pudo dejar de hacerlo", porque se trata de una repetición de goce.

En esta dirección, Tarrab plantea que no debe interpretarse la experiencia de la intoxicación, puesto que allí no está el sujeto. Y en este sentido retomo al autor, debe sostenerse una diferenciación entre los dos aspectos del problema de la toxicomanía: la operación toxicómana y la función del tóxico. La operación toxicómana consiste en la acción de drogarse, de la intoxicación donde, efectivamente, se obtiene una positividad, una ganancia de goce contra la castración. Mientras que la función toxicómana designa la relación singular que un sujeto mantiene con el objeto tóxico. Por eso el autor dice: "(...) no se trata para nosotros de considerar, en el nivel de la experiencia, lo vivido en el 'flash', ya que allí el sujeto no está ubicado, sino aquello que la experiencia del tóxico

procura en relación a las determinaciones que fijan la posición del sujeto.” (Tarrab, 1998, p. 83).

En esta línea, resulta interesante poner en serie la operación toxicómana en tanto acto de intoxicarse, con los conceptos de “Acting Out” y de “Pasaje al Acto” de la teoría lacaniana. Lacan introduce ambos conceptos en la primera parte de su Seminario XX: “La Angustia” (1962-1963) a partir de la invención del objeto *a*, para redefinir estos conceptos, primero, en el Seminario XI “los cuatro conceptos fundamentales del Psicoanálisis” (1964) a partir del par alienación-separación y, después, en el Seminario XIV “la lógica del fantasma” (1966-1967), a partir de la aplicación de la ley de negación de Morgan al cogito cartesiano.

A la altura del Seminario 10, la angustia constituye para Lacan la vía de acceso al objeto *a*, y es por ello que éste afirma que la angustia no es sin objeto (“pas sans”- *no sin*). Esto no quiere decir que el objeto *a* sea, estrictamente hablando, el objeto de la angustia, La angustia *no es sin* objeto, es con la presencia del objeto *a*. La angustia es su única traducción subjetiva. En este sentido el actuar se configura en respuesta a la angustia, en la medida en que le arranca a ésta su certeza. Actuar implica una operación de transferencia de angustia. Es por ello que la diferenciación entre Pasaje al Acto y el Acting Out se articula en relación al objeto *a*.

Lacan ubica al Pasaje al Acto en el cruce de la columna del embarazo con la fila de la emoción. Se trata del momento de mayor embarazo, *embarras* que literalmente podríamos traducir como “*embarrado*”, es decir atravesado por la barra, es “cuando uno ya no sabe qué hacer con uno mismo, busca detrás de qué esconderse” (Lacan, 1962-63, p. 19). El sujeto identificado absolutamente al objeto *a*, la causa de su deseo en tanto rechazado, sale abruptamente de la escena, se deja caer de la escena. Precipitación fuera de la escena en una huida respecto del Otro. En cambio, el Acting Out supone una puesta en escena, una mostración del objeto *a*, mostración dirigida al Otro ante la negativa de escuchar el mensaje del sujeto. Por lo tanto en el Acting Out hay una dirección hacia el Otro, a diferencia del Pasaje al Acto, y es por ello que Lacan plantea que, en relación al análisis, el primero llama a la interpretación en tanto “transferencia salvaje”.

A partir del Seminario XI Lacan va a trabajar ambos conceptos desde el par alienación-separación. Esto es fundamental ya que constituye un antecedente de la transformación de estos conceptos a partir del Seminario XIV. Grosso modo, en dicho seminario, el Pasaje al Acto quedará del lado de la separación en la medida en que se trata de una salida de la escena, mientras que el Acting Out corresponde al lado de la alienación.

En el seminario “La lógica del fantasma”, Lacan opera una negativización del cogito cartesiano “pienso, luego soy”, transformándose en la fórmula: “o yo no soy o yo no pienso”, es decir, “si el pensar es verdadero, el ser es falso; y si el pensar es falso, el ser es verdadero”. Esto reformula el concepto de alienación que estableció en el Seminario XI, que había establecido en términos de opción entre el ser y el sentido.

Establece de este modo dos formas de alienación del ser hablante, supone elegir entre el “yo no soy” –pensamiento inconsciente- y el “yo no pienso” –correlativo al ello. El ello aparece como un vector diferente del “inconsciente estructurado como un lenguaje”. Esta articulación entre el ser y el pensamiento corresponde a la articulación de lo simbólico y lo real.

Del lado del “yo no pienso”, Lacan ubica al Pasaje al Acto, en tanto se define como alienación en el ello, es decir, no como alienación significante resultando antagónico al pensamiento inconsciente; es un acto determinado por el ello, por el objeto *a*. En el “yo no soy” eso se dice pero hay una imposibilidad del sujeto en reconocerse como yo (*je*). Al Acting Out, lo sitúa del lado del “yo no soy”, es decir, se define como alienación a la verdad del inconsciente en tanto “no soy”; se trata de un acto determinado por el inconsciente. El Acting Out y el Pasaje al Acto se configuran así como dos tipos de acciones diferentes.

En esta serie, podemos reconocer puntos en común entre el acto de la intoxicación con el Pasaje al Acto; en ambos, el sujeto se orienta hacia la anulación del Otro, y al rechazo del inconsciente. Pero entonces, las toxicomanías así definidas, ¿son síntomas o se ubican dentro del campo del Acting Out o del Pasaje al Acto? A mi entender, se puede decir que la toxicomanía es un síntoma pero no en el sentido de mensaje al Otro, es decir, el síntoma metáfora, y en muchos casos se trata efectivamente de un goce no todo (no regulado por lo fálico) que se ubica del lado del Acting Out o del Pasaje al Acto.

### **Breve reseña sobre la función del tóxico en las psicosis.**

La función del toxico en la neurosis debe diferenciarse radicalmente de la función que éste cumple en las psicosis. Con anterioridad expuse que en la neurosis el toxico viene a un modo de gozar del sujeto, en donde a lo que el sujeto le interesa es gozar sin límite fálico, pero sin que ello implique la forclusión del significante del Nombre del Padre. Ahora bien, en las psicosis ha habido forclusión del Nombre del Padre (que Lacan escribe P0) y por lo tanto hay *phi* 0, es decir, ausencia de significante fálico. Por lo tanto la sustancia no implica solamente un goce sin límites, porque, precisamente, el sujeto psicótico no necesita de la sustancia para romper con el significante fálico, porque el significante fálico está ausente desde el vamos.

Se puede decir que en las psicosis el toxico cumple una variedad de funciones. Siguiendo a Fabián Naparstek (2003), el toxico puede venir a cumplir una función de estabilización. Es decir, en la medida en que el goce en el sujeto psicótico no es un goce limitado por el falo, el toxico, lejos de producir un exceso de goce, viene a limitar ese goce en el cuerpo estabilizándolo, produciendo una suerte de enganche al Otro. Se trataría, entonces, del tratamiento de lo real por lo real, se trata de encontrar por la vía de lo real, la posibilidad de un anudamiento, por más precario que éste sea.

También puede suceder que el toxico funciones para velar las alucinaciones. A veces, el fenómeno alucinatorio es tal que se necesita velarlo.

Ahora bien, en tanto función de estabilización, podemos pensar que, por un lado, no se puede ignorar qué función desempeña el toxico en la estructura y, por el otro, cómo los tratamientos dirigidos al ideal de abstinencia constituyen un verdadero peligro. No se trata únicamente de separar abruptamente al sujeto de la droga, porque en este caso, implicaría un posible desencadenamiento de crisis. Por lo tanto poner la abstinencia como ideal, sin pensar en las particularidades del caso, puede llevar a lo peor. Esto tampoco quiere decir que se deba propiciar e incentivar el uso de la sustancia, sino, una vez más, de rastrear el lugar que ocupa en el caso de la psicosis, en el delirio.

Frente a esto, Naparstek propone el recurso de la monomanía. Este concepto lo toma de las “tres observaciones sobre la toxicomanía” (1988) de Eric Laurent, quien habla de las manías de Esquirol. Laurent separa, a partir de dos casos clínicos, estas monomanías, en tanto delirios parciales, de las toxicomanías. En las primeras, “(...) el goce de ellos está perfectamente limitado (...) porque ellos quieren algo preciso (...)” (p. 2). En ellos el consumo está circunscripto al uso de una sola sustancia. Se trata de una manía, pero anudada de algún modo a la estructura y limitada. Mientras que la segunda, responde más bien a un uso no limitado de la droga, no quieren algo preciso, pueden reemplazar una sustancia por otra.

Naparstek indica que es posible pensar que en sujetos psicóticos toxicómanos la dirección de la cura se oriente más bien a la monomanía, en la medida en que permite un anudamiento permitiendo la estabilización.

En este sentido me pregunto, ¿hay casos en donde el dolor por la existencia sea tal que sea imposible pensar, desde la cura analítica, para algunos sujetos en eliminar totalmente el consumo?

### A modo de... ¿cierre?

Está claro que el presente trabajo no cierra, ni pretende cerrar, la cuestión de las *a-dicciones*, aun quedan muchas aristas abiertas en torno a las mismas.

Me gustaría retornar a algo que me parece quedó aun sin esclarecer del todo, y esto es la eficacia psicoanalítica.

El fenómeno de las *a-dicciones* constituyen una dificultad para su abordaje psicoanalítico, en tanto y en cuanto la repetición de un goce produce un cortocircuito con la palabra implicando un *no-decir*, y un cortocircuito con el Otro, dificultando en este sentido la instalación de la transferencia, de la función del *sujeto supuesto saber*. La operación toxicómana en tanto rechazo del inconsciente es opuesta a la operación analítica, en la medida en que la apuesta del Discurso Analítico reside en hacer pasar por el inconsciente al "sujeto toxicómano" para que advenga, en lugar del sujeto consumidor consumido por el objeto que brinda el Discurso Capitalista, un sujeto del deseo, sujeto del inconsciente. Se trata de operar un pasaje de un hacer con la droga con sus consecuencias de aplastamiento subjetivo a un decir articulado al sujeto del inconsciente.

Para el psicoanálisis, se trata de operar un corte de ese goce repetitivo, para que éste se articule al significante, y, de esta manera, brindarle al sujeto la posibilidad de hacer ese rodeo hacia el cuerpo del Otro, produciéndose así un vínculo, un lazo social. De un hacer a un decir, tal es la apuesta analítica.

Cabe aclarar que, desde la perspectiva psicoanalítica, no se pretende direccionar al sujeto, no pretende decirle cómo gozar ni qué hacer con su vida. Precisamente Lacan nos enseña que el analista debe dirigir la cura y no al sujeto.

En la medida en que la *a-dicción* supone una elección, elección contra la castración, el sujeto es responsable. La apuesta psicoanalítica también consiste en hacer que el sujeto se responsabilice por su elección, por su modo de gozar.

Por último, me parece pertinente señalar que constituye un imposible generalizar, universalizar, ya que siempre se trata de la clínica del caso por caso. Se trata de la clínica singular y por lo tanto resulta indispensable que, en lo que refiere a la problemática del consumo, la dirección del tratamiento esté guiada por la pregunta que indique más arriba: ¿qué función cumple el objeto de consumo en la economía libidinal de ese sujeto en particular?

## **Referencias Bibliográficas.**

- Freud, Sigmund (2011). "Tótem y Tabú". Buenos Aires. Amorrortu.
- Freud, Sigmund (2008). "Más allá del principio del placer". Buenos Aires. Amorrortu.
- Freud, Sigmund (2008). "Organización genital infantil". Buenos Aires. Amorrortu.
- Freud, Sigmund (2009). "El malestar en la cultura". Buenos Aires. Amorrortu.
- Lacan, Jaques (2014). "Escritos 1". Buenos Aires. Siglo Veintiuno.
- Lacan, Jaques (2015). "La angustia". Buenos Aires. Paidós.
- Lacan, Jaques (1977). "Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis". Buenos Aires. Paidós.
- Lacan, Jaques (1966-67). "La lógica del fantasma". <http://www.bibliopsi.org/docs/lacan/17%20Seminario%2014.pdf>
- Lacan, Jaques (1992). "El reverso del psicoanálisis". Buenos Aires, Paidós.
- Lacan, Jaques (2015). "Aun". Buenos Aires, Paidós.
- Lacan, Jaques (1972) "Del discurso psicoanalítico". <http://elpsicoanalistalector.blogspot.com.ar/2013/03/jacques-lacan-del-discurso.html>
- Lacan, Jaques (1975). "Jornadas de los carteles en la escuela freudiana de París". [http://www.escuelafreudiana-arg.org/uploads/carteles\\_textos/3838ece87a0c37811bbc6286725ec50f30c79582.pdf](http://www.escuelafreudiana-arg.org/uploads/carteles_textos/3838ece87a0c37811bbc6286725ec50f30c79582.pdf)
- Laurent, Eric (1988). "Tres Observaciones sobre la Toxicomanía". [http://cepsifotocopiadora.com.ar/archivos/folios/31620\\_2015918.pdf](http://cepsifotocopiadora.com.ar/archivos/folios/31620_2015918.pdf)
- Salomone, Luis Darío; Naparstek, Fabián; Galante, Darío y Levato, Mabel (comp.) (2008). "Lo inclasificable de las toxicomanías: respuestas del psicoanálisis". Buenos Aires. Grama ediciones.
- Sillitti, Daniel; Sinatra, Ernesto y Tarrab, Mauricio (comp.) (1998). "Del hacer al decir: clínica de la toxicomanía y el alcoholismo". Bolivia. Plural editores.
- Tarrab, Mauricio (2017). "Una experiencia vacía". <http://ampblog2006.blogspot.com.ar/2017/03/una-experiencia-vacia-por-mauricio.html>
- Tarrab, Mauricio (1994). "La sustancia, el cuerpo y el goce toxicómano". <https://documents.mx/documents/sustancia-cuerpo-goce-toxicomaniaco-tarrab.html>
- Naparstek, Fabián (2003). "¿Cómo se aplica hoy el psicoanálisis a las toxicomanías y al alcoholismo?". <http://ea.eol.org.ar/01/es/template.asp?simultaneas/tya/textos/fnaparstek.html>